

XI.

ARABES Y DROMEDARIOS.

El jefe ó cheik se llamaba *Tonaleb*; pequeño de estatura, delgado, nervioso, aunque feo, tenía una expresión de fisonomía afable y simpática; hablaba poco y con brevedad; su palabra fuertemente acentuada y su rápida mirada ejercían una continua vigilancia y superioridad sobre nuestros Arabes, y en lo sucesivo tuvimos más de una ocasión de juzgar de la exactitud de su mirada y la energía de su carácter.

A su izquierda estaba Bechara, con quien ya había hecho conocimiento en el patio de nuestra fonda y que era el que me había probado la nobleza de sus camellos y demostrado todas sus buenas cualidades. Su robustez no era mayor que la de su jefe; pero tan severo y taciturno como era este, aquel era risueño y hablador; mientras duraba el día cantaba sentado en su camello, y en cuanto llegaba la noche, Scheherazade del desierto, refería sus historias á sus camaradas sin tener compasión de ellos, hasta que se dormían. Entonces tomaba el partido de monologar algunos instantes, hasta que concluía por dormirse á su vez. Esta locuacidad perpetua, tan agradable en las expediciones largas

para aquellos á quienes ha dado la naturaleza un carácter menos locuaz, hacia de Bechara el ídolo de sus camaradas; y si *Tonaleb* era el jefe durante el día, una vez puesto el sol, pasaba el cetro de mando á Bechara, sin réplica y sin reclamación.

Al otro lado de *Tonaleb*, estaba el hermano de armas, el amigo, el confidente de Bechara; era un Arabe hercúleo, llamado Araballah, muy estimado del jefe y respetado de sus demás camaradas porque era el más robusto de la compañía; este era el que primero se lanzaba á vanguardia cuando alguna alarma oscurecía con sombrío tinte la frente de *Tonaleb*; él era el último que se dormía cuando Bechara contaba por la noche sus historias sin fin; así que *Tonaleb* y Bechara le consideraban extraordinariamente; era el brazo de uno y el oído del otro.

Después de esos tres hombres, el único que merecía llamar la atención era Abdallah, nuestro cocinero; había entrado en el servicio por recomendación de Mr. Msara, y en la seguridad de que había estudiado su arte con los mejores maestros del Cairo. Esta era su patente condenación; imposible es figurarse las impuras mezclas que aquel envenenador disponía para nuestras comidas.

No hablamos de Mohammed, nuestro antiguo amigo, que nos había seguido desde Alejandría y que también nos acompañaba en este viaje.

En cuanto á los demás de la compañía, nada hay que decir de ellos por lo que hace á la parte intelectual; respecto á la parte física, eran verdaderos hijos del desierto, enjutos, vivos y ágiles como sus camellos. Así que á la primera mirada conocimos de cuán escasa importancia debía haber sido para ellos la rebaja de lo pedido para su alimento; en esta primera parada, no trataron de su comida. Calculamos que habían cenado como nosotros antes de salir del Cairo, y nos entramos en nuestra tienda sin ocuparnos más de ello.

Me eché en mi alfombra completamente tranquilo respecto á la buena fe de nuestros guías, y por consecuencia

sobre la seguridad del viaje; éramos diez y ocho hombres bien armados, y formábamos una caravana bastante respetable. El único objeto de alarma que me quedaba era la desmesurada gibosidad de aquellos malaventurados dromedarios, sobre la que no veía ningún medio de permanecer más de cinco minutos, y sobre todo, sin estribos; por fin me dormí en la confianza de que Dios es grande y misericordioso.

Al amanecer me desperté y salí sin hacer ruido de la tienda, teniendo el mal pensamiento de elegir el más pequeño de los tres dromedarios. Encontré á los Arabes despiertos y ensillando sus acémilas: hice una seña á Bechara de quien yo deseaba especialmente servirme, y le dije me condujera á mi cabalgadura. Nuestros tres dromedarios estaban arrodillados unos junto á otros, alargando el cuello como las serpientes, y en aquella situación era difícil juzgar de sus tallas; di vueltas á su redor para examinarlos, cuando Bechara me dijo que no me aproximara demasiado á sus cabezas. Le pregunté si había en ello algún peligro, si su genio desmentía aquel aspecto tímido y lánguido que formaba la especial gracia de su fisonomía; me respondió que se habían visto dromedarios que sin aviso de ningún género, cogían el brazo ó el muslo de un hombre y le rompían como si fuera de vidrio; uno de sus compañeros me señaló, el cual había sido víctima en el viaje anterior de un accidente de aquel género; y algunos días antes de nuestra partida del Cairo, un honrado Turco, que estaba comprando, sin ocurrírsele temer ningún daño, mermelada arrollada, en un bazar de comestibles, había sido cogido por el turbante y levantado del suelo, donde volvió á caer perdido el conocimiento. Se habían apresurado á acudir á su socorro, pero vieron al instante que la parte superior de la cabeza, es decir, del cráneo y del cerebro, había quedado en el turbante. Por lo demás, los dromedarios hacen estas cosas sin picardía, sin malicia, en esos raros accesos de alegría ó mal humor que destruyen á las veces momentáneamente el equilibrio de los más dulces caracteres.

Jamás Bechara había sido escuchado con más religiosidad, jamás ninguno de sus discursos se grabó tan profundamente en la imaginación de sus oyentes. Le probé inmediatamente que apreciaba sus consejos dando una media puelta y dirigiéndome por la parte de la cola hácia el dromedario sobre el que había fijado mi elección. Estaba echado con todo abandono dobladas las piernas bajo el cuerpo y el cuello extendido; de modo que la silla en aquella postura estaba á la altura de una silla colocada en un caballo de talla ordinaria. Resolví hacer antes que llegasen los demás, á la presencia de mi amigo Bechara, un ensayo sin importancia aparente, pero cuyo resultado debía ser familiarizarme con el animal. En consecuencia, como si tuviese yo la imaginación completamente libre, me agarré cantando al borde de la silla y á las cuerdas que de ella colgaban, y, después de los tres arranques clásicos, salté sobre la colina y me encontré á caballo; mas apenas estaba afirmado, cuando el animal que sabía su profesión de dromedario tan bien como yo mi oficio de caballero, levantó de un modo brutal toda la parte trasera, con lo que me puso inmediatamente las narices ocho pulgadas más bajas que las rodillas y me valió en el pecho un golpe atroz con el arzon de la silla, que se eleva cerca de un pie y está terminado por una bola de madera adornada con cobre. Al momento la parte delantera se levantó con la misma espontaneidad que había observado en su predecessora la trasera, y sentí al respaldo de la silla volverme con usura en los riñones el golpe que el arzon me había dado en el pecho. Bechara, que no me había perdido un instante de vista durante mis ejercicios de volatinero, me hizo notar la excelente combinación de aquellas dos eminencias, sin el auxilio de las que hubiera caído inevitablemente hácia adelante ó hácia atrás; Bechara me había hecho esta juiciosa observación con una fisonomía risueña como si hubiese querido probarme que era yo un ingrato para con la silla: así entonces comencé á considerarle como un chusco. Así, cuando me propuso apearme le res-

pondí con tono de desprecio, aunque en el fondo conociese que avanzaba mucho, que quedaria allí mientras me agradase y aquello no le importaba; Bechara comprendió su inconveniencia y me invitó, para volver á reconciliarse conmigo, á que aprovechase mi situacion mirando el paisaje.

En efecto, desde el punto á que yo habia ascendido, abrazaba un inmenso horizonte. El dromedario se habia levantado en la misma posicion que estaba echado, con la cabeza al Norte y la cola al Mediodía. Tenia á mi derecha los sepulcros de los califas apoyados en la árida cadena del Mekkatan, cuya cima estaba bañada de luz y la base de sombra; delante de mí el campo de batalla de Heliópolis, y á mi izquierda el Cairo, cuyos minaretes brillaban á los primeros rayos del sol. Aquella vista magnífica, apoyada en el Nilo, hizo nacer en mí el deseo de completar mi goce con el opuesto semicírculo. Tiré del ronzal de mi dromedario para que diese una vuelta, pero al parecer no se apercebí de mi intencion; tiré con mas fuerza y levantó la cabeza; reuni todas mis fuerzas en aquel instante, que se puso á marchar hácia adelante. Entonces á falta de la brida quise hacer uso de mis piernas; pero vi que esta pretension era notoriamente incompatible con mis medios naturales; me ví, pues, obligado, viendo que el dromedario continuaba marchando y que me conducia directamente á Damietta, á llamar á Bechara en mi socorro; acudió sin resentimiento, y detuvo al animal; presentándole algunas habas en la palma de la mano le hizo dar una vuelta con la docilidad del asno inteligente, de modo que me encontré dando frente al opuesto horizonte.

Comenzaba este en el antiguo Cairo, y se extendia hasta el bosque de palmeras que cubre el terreno de Menfis, y sobre el que se elevan las cúspides de las pirámides de Sakkara; á la derecha las pirámides de Gyzen, y á la izquierda la cadena del Mekkatan, que sube en la direccion del Nilo y va á perderse en el Alto Egipto; en lontananza el desierto visible para la imaginacion mas allá del horizonte y cuya inmensidad se adivina como la del Océano.

Llegaba al término de mi contemplacion, cuando el lienzo de la tienda se levantó y Mayer solió de ella. Fingi no verle; aquella distraccion me daba un aire de seguridad que halagaba mi amor propio. Sin embargo, aun fingiendo no mirar hácia donde él estaba, le veia de reojo, y observé que menos dueño de sus sentimientos, era yo el objeto, si no de su admiracion, al menos de su envidia, y que hubiera dado cualquier cosa por hallarse en mi lugar; el hecho es que los espectadores eran ahora mas numerosos que un cuarto de hora antes, porque los Arabes habian cargado sus camellos, y solo á nosotros esperaban para partir.

Felizmente para Mayer, una circunstancia que me hubiera embarazado mucho, le sirvió de ayuda: su dromedario, viendo levantarse á sus camaradas, los imitó arrastrado por el ejemplo: quisieron los Arabes hacerle arrodillarse, pero Mayer comprendió su ventaja y procuró no dejarla escapar. En su cualidad de marino, trepar por un animal, cualquiera que fuese, era para él una bicocha; mantenerse en él era lo principal; con un bramante, siempre que fuese bastante largo, hubiera subido hasta la veleta de un campanario. Así, en cuanto vió la cuerda que colgaba de la silla, hizo seña de que le dejasen, y en un segundo se encontró sobre su dromedario, con gran aplauso de la concurrencia. En cuanto á Mr. Taylor, su primer viaje al Alto Egipto, y su regreso de Alejandria al Cairo, habian hecho de él un cumplido jinete.

Todo el mundo estaba dispuesto, á excepcion de Bechara, que buscaba en la arena no sé qué cosa que habia perdido; uno de nuestros Arabes tomó la delantera para indicarnos el camino, y en el mismo instante toda la caravana salió al trote en su seguimiento. ¡Dios os libre del trote del dromedario!

Sin embargo, no estaba yo tan distraido que no hubiera visto la acémila de Bechara abandonar á su señor para ocupar su puesto en la cabalgata; mas esta no se alarmó por la falta del jinete: continuaba este buscando el objeto perdido; al fin, sea que le encontrase, sea que temiese nos

alejáramos demasiado para que pudiese volvernos á alcanzar sin cansancio, echó á correr, y alcanzando á su dromedario que caminaba al lado del mio, se aprovechó del momento en que levantaba la pierna izquierda, colocó uno de sus piés sobre su pezuña, el otro en su rodilla, saltó de la rodilla sobre el cuello y del cuello sobre la silla, y esto con tal rapidez, que no habia yo podido ver el medio de que se valió para conseguir su objeto : estaba asombrado.

Bechara se aproximó á mí con la misma naturalidad que si no acabase de ejecutar un ejercicio de destreza de los mas asombrosos, y viendo que para hacer lo mas suave que me fuera posible el paso del animal me agarraba con una mano al borren delantero y con la otra al trasero, comenzó á darme algunas instrucciones sobre la manera de mantenerme en la silla. Esta palabra silla me recordó nos habia dicho que las nuestras estaban perfectamente rehenchidas, siendo así que lo primero que noté fué que estaba montado sobre madera y muy dura ; Bechara me respondió que no nos habia engañado, y que en la primera parada me haría ver que mi silla estaba guardada con el mayor cuidado ; verdad es que era por la parte inferior, pero añadió que era mas importante en una expedicion como la que íbamos á hacer, cuidar de la piel de los camellos que del cutis de los viajeros. Parecióme este un verdadero razonamiento de Arabe al que no quise rebajarme á contestar, y continuamos nuestro camino sin hablar una sola palabra.

A la media hora de marcha llegamos al pié del Mokkatan. Aquella cadena granítica, quemada por el sol, está absolutamente pelada ; un pequeño sendero abierto en la roca, sirve para trepar por los costados escarpados de la montaña, y presenta estrictamente el ancho bastante para que un camello cargado pueda pasar por él. Pusímonos en fila unos tras otros, yendo siempre delante el Arabe que nos servia de guía, y tras él nosotros colocados á voluntad ; aquella subida nos dió un poco de respiro, viéndose los dromedarios obligados á ir al paso, á causa de la dificultad del camino.

Subimos de este modo hora y media próximamente, y al cabo nos encontramos en la cima de la montaña. Ofrecia esta, en el espacio que se recorre en tres cuartos de hora, una superficie designal, en medio de la que bajando y subiendo sin cesar, perdimos frecuentemente de vista todo el horizonte occidental para volverle á encontrar un momento despues ; al bajar la última colina cesamos de ver las casas del Cairo, y despues desaparecieron á nuestra vista sus mas elevados minarettes ; todavía descubrimos por algun tiempo la cúspide de las pirámides de Gyzeh y de Sak-kara como los agudos picos de una cadena de montañas ; por último, se hundieron sus agujas y nos encontramos en la parte superior de la pendiente oriental del Mokkatan.

Hácia este lado no hay mas que una llanura sin limites, un Océano de arena que desde el pié de la montaña se extendia hasta el horizonte, donde se confundia con el cielo ; la vista en conjunto de aquella alfombra movible era rojiza, del color de la piel del leon ; sin embargo, algunas fajas salitrosas la rayaban de blanco, como las telas en que nuestros Arabes se envolvian. Ya habia yo visto algunas áridas playas, pero jamás de semejante extension : nunca me pareció bañar el sol á la tierra con tanto ardor : sus rayos eran visibles, y aquella arena daba sed solo con mirarla.

Bajamos durante media hora, poco mas ó menos, y nos encontramos en medio de unas ruinas que tomamos al principio por las de una ciudad ; pero habiendo notado que la tierra estaba tan solo cubierta de columnas, nos fijamos en ellas con mas atencion, y vimos que aquellas columnas no eran otra cosa que troncos de árboles. Preguntamos á nuestros Arabes, los cuales nos dijeron que estábamos en un bosque de palmeras petrificadas ; este fenómeno nos pareció merecia un exámen mas detenido que el que podíamos hacer desde lo alto de nuestros dromedarios : por tanto, como llegábamos á la base de la montaña, y habia llegado el momento de la parada del medio dia, dijimos á

Tonaleh que deseábamos detenernos. Los Arabes se apearon de sus dromedarios, y los nuestros viendo de lo que se trataba, se arrodillaron al punto; aquello era el vice-versa de la partida: comenzaron por doblar los brazos, despues las piernas; pero como ahora estaba yo prevenido, me aseguré tan perfectamente en la silla que no sentí la sacudida. Mayer, como no estaba prevenido, recibió en el pecho y en los riñones los dos golpes de rigor.

Nos pusimos á mirar el extraño suelo que pisábamos: estaba cubierto de troncos de palmeras semejantes á trozós de columnas; se hubiese dicho que todo el bosque se habia petrificado en su pié, y que el simoun, cstrellándose en las áridas laderas del Mekkatan, habia desarraigado aquellos árboles de piedra, que al caer se habian hecho pedazos. ¿A qué causa atribuir este hecho? ¿en qué cataclismo señalar la fecha de este fenómeno? Esto es lo que no podemos decir; pero la verdad es que por espacio de mas de media legua marchamos por entre estas extrañas ruinas, que al primer aspecto se hubieran podido tomar, con sus mil columnas tendidas y truncadas, por alguna desconocida Palmira.

Nuestros Arabes habian levantado la tienda en la falda de la montaña, en las primeras zonas de arena; no tardamos en ir á donde estaban, y los encontramos tendidos á la sombra de sus camellos cargados. Abdallah comenzaba su servicio y acababa de prepararnos nuestra comida: componiase de arroz cocido en agua y una especie de galletas de harina de trigo, delgadas como barquillos, y que habia cocido poniendo sobre las ascuas; estaban blandas y correosas como pasta de malvabisco, sin deshacerse como el pan: por el principio juzgué al hombre, y desde aquel momento perdió mi confianza. Comimos algunos dátiles y un pedazo de nuestra mermelada, que cortamos de la pieza; Mayer estaba tan cansado de los esfuerzos que habia hecho para sostenerse en su dromedario, que no quiso tomar nada. En cuanto á nuestros Arabes, se hubiera dicho que participaban de la naturaleza de los djinns, y que se

alimentaban de aire y rocío, porque desde nuestra salida del Cairo no los habíamos visto comer ni un solo grano de maíz.

Dormimos unas dos horas; despues, como habia pasado la mayor fuerza del sol, nos despertaron nuestros Arabes; mientras doblaban la tienda, volvimos á montar sobre nuestros haghins, y nos preparamos á hacer en la misma noche nuestro primer alto en el desierto.

XII.

EL DESIERTO.

Tonaleb hizo la señal de la partida : un Arabe se puso á la cabeza de la comitiva, y emprendimos la marcha.

Aunque el sol habia perdido ya su mayor fuerza, todavia era abrasador para nosotros los Europeos; íbamos al trote con la cabeza baja, y de vez en cuando nos veíamos obligados á cerrar los párpados, porque el reflejo de la arena nos quemaba los ojos. la atmósfera estaba en calma y pesada, y el rojizo horizonte se destacaba sobre un cielo cargado de amarillentos vapores. Acabábamos de dejar detrás de nosotros los últimos restos del bosque petrificado; comenzaba á acostumbrarme al trote de mi cabalgadura, como nos acostumbramos al balance de un buque; Bechara marchaba junto á mí cantando una cancion árabe, triste, pausada y monótona, y aquel canto, unido al movimiento del dromedario, á la atmósfera pesada que abrumaba nuestras cabezas, á aquella ardiente arena que ofendía la vista, comenzaba á adormecerme, como el arrullo de las nodrizas adormece al niño en la cuna. De repente mi haghin dió una huida que faltó muy poco para que me sacara de la silla; volví á abrir los ojos, buscando maquinalmente la causa de

aquella sacudida : habia tropezado con el cadáver de un camello medio devorado por las fieras; entonces vi que seguíamos una línea blanca, que se extendia hasta el horizonte, y observé que aquella línea estaba trazada con esqueletos.

El hecho era bastante extraordinario para que no pidiese su explicacion; llamé á Bechara que esperaba mi pregunta, porque mi admiracion no habia escapado á aquella profunda penetracion que en tan alto grado poseen los pueblos primitivos y salvajes.

— El dromedario, me dijo aproximándose á mí, no es un animal incómodo y orgulloso como el caballo : camina sin detenerse, sin comer y sin beber; no se manifiesta en él la enfermedad, el cansancio, la fatiga. El Arabe que oye á tanta distancia el rugido del leon, el relincho del caballo ó el grito del hombre, no percibe, por cerca que esté de su haghin, otra cosa que su respiracion mas ó menos apresurada, mas ó menos anhelante; pero jamás un quejido; cuando la naturaleza es vencida por el dolor, cuando las privaciones han agotado sus fuerzas, cuando falta la vida á sus órganos, el dromedario se arrodilla, extiende su cuello sobre la arena, y cierra los ojos. En este caso sabe su jinete que todo ha concluido : se apea, y sin intentar siquiera hacerle levantar, porque conoce la honradez de su cabalgadura, y no sospecha en ella ni engaño ni pereza, le quita su silla, la coloca sobre otro dromedario, y continúa su camino abandonando allí al que no puede seguir la caravana : llegada la noche, los chacales y las hienas acuden al olor, y no dejan del pobre animal mas que el esqueleto. Estamos en el camino del Cairo á la Meca; dos veces al año pasa y vuelve a pasar la caravana por aquel camino, y aquellos huesos en tanto número y tan frecuentemente renovados, que jamás las tempestades del desierto los dispersan completamente; aquellos huesos que puedes seguir sin guia, y que te revelarán los oasis, los pozos y las fuentes a que el Arabe va á pedir sombra ó agua, y terminarian por conducirte al sepulcro del Profeta, son los de

los dromedarios que caen y no se levantan mas. Acaso al mirar atentamente y de cerca aquellos despojos, reconocerás de trecho en trecho esqueletos mas pequeños y de una forma diferente: tambien estos pertenecieron á cuerpos fatigados que han encontrado el reposo antes de llegar al término del camino; son los huesos de los creyentes, que consultando su celo y no sus fuerzas, han querido conformarse al precepto que manda á todo fiel hacer una vez al menos durante su vida el santo viaje, y que habiéndose dejado detener por los placeres ó los negocios mundanos, han emprendido tarde su peregrinacion sobre la tierra, de suerte que han ido á terminarle en el cielo. Añade á eso algun Turco estúpido, eunuco de abotagado cuerpo, que se ha dormido cuando debia velar, y se ha estrellado al caer; cuenta los estragos de la peste, que frecuentemente diezma la mitad de una caravana, y los del simoun, que á las veces devora el resto, y comprenderás fácilmente que aquellas miras fúnebres se coloquen tan á menudo para trazar un nuevo camino al punto que el antiguo se borra, é indicar á los hijos el camino que han seguido sus padres.

Sin embargo, continuó Bechara, cuyas ideas ordinariamente alegres tomaban, con la facilidad que distingue á los de su nacion, el colorido del objeto sobre que momentáneamente se habian fijado, todos los huesos no están aqui; á veces, á cinco ó seis leguas á derecha é izquierda del camino, se encuentra en medio del desierto el esqueleto de un haghin ó de un jinete: consiste esto en que el dromedario, cuando llegan los meses de mayo y junio, es decir la época de los grandes calores, suele ser acometido repentinamente de una especie de locura. Entonces se separa de la caravana, toma el galope y va hácia delante: quererle detener con la brida es cosa imposible; así, en este caso, lo mejor es dejarle correr hasta el momento en que se va á perder de vista la caravana, porque suele detenerse por su voluntad, y volver mansamente á ocupar su puesto en la fila; pero en el caso contrario, si continúa corriendo, y hay temor de perder de vista á los compañeros, á quienes no se volverá á

encontrar una vez perdidos, es preciso atravesarle el pescuezo con la lanza ó romperle el cráneo de un pistoletazo, en seguida volverse inmediatamente con la caravana, porque las hienas y los chacales no están solo á la espera de los dromedarios que caen, sino tambien de los hombres que se extravian. Hé aqui porqué te decia que á las veces se encuentra el esqueleto del hombre á poca distancia de la armazon del camello.

Habia yo escuchado aquel largo discurso de Bechara con los ojos fijos en el camino, reconociendo en la multitud de huesos de que estaba sembrado, la verdad de su lúgubre relacion; entre aquellos restos los habia tan antiguos, que estaban reducidos á polvo y se confundian en la arena: otros mas recientes, relucian y tenian la solidez del marfil; en fin, algunos tenian todavía pedazos de carne seca, indicando que la muerte de aquellos á quienes habian pertenecido era todavía mas reciente. Confieso que la idea de que si me desnucaba al caer de mi dromedario, cosa muy posible; si el simoun me ahogaba, cuyo efecto se ha visto, ó si moria de enfermedad, otra hipótesis muy natural; con fieso, digo, que la idea de que seria abandonado en el camino; que en él recibiria en la misma noche la visita de las hienas y de los chacales, y por último, que ocho dias despues servirian mis huesos para mostrar á los viajeros el camino de la Meca, no presentaba á mi imaginacion una imágen de las mas halagüeñas. Esto me trajo naturalmente á pensar en París, en mi habitacion, pequeña sí, pero tan caliente en invierno y tan fresca en verano; en mis amigos, que en aquel momento continuaban su vida parisiense; dividiendo sus horas entre el trabajo, los espectáculos y los bailes, y á quienes habia yo abandonado para ir á escuchar, colocado en lo alto de un dromedario, las fantásticas relaciones de un Arabe. Preguntábame qué locura me habia impulsado hasta donde iba, qué pensaba hacer, y cuál era el objeto que allí iba á buscar: felizmente en el momento en que me hacia estas preguntas, levanté la cabeza; mis ojos se dirigieron hácia aquel inmenso Océano, hácia aquellas oleadas de arena,

sobre aquel horizonte leonado y ardiente; miré aquella caravana, aquellos dromedarios de largo cuello, aquellos Arabes de pintoresco traje, toda aquella naturaleza extraña y primitiva, cuya pintura no se encuentra mas que en la Biblia, y que parece salir de las manos de Dios, y me convencí que en último resultado bien valia todo aquello la pena de abandonar á París y atravesar el mar, aun á riesgo de dejar en el desierto algunos huesos mas.

Esta sucesion tan brusca de ideas tan diferentes, separando el espíritu del cuerpo, habia librado á esto de aquella preocupacion penosa que tanto le habia atormentado el dia de la partida. Iba con tanta comodidad sobre mi dromedario, como si hubiera nacido sobre él; y Bechara que veia mis progresos en equitacion con el amor propio de un maestro, me colmaba de felicitaciones. En cuanto á los demás Arabes, menos locuaces que su compañero, se contentaban con cerrar la mano de modo que el pulgar sobresaliese á las falanges de los otros dedos, y extendiendo el brazo horizontalmente, decirme: ¡Taib! taib! lo cual en el idioma árabe es el colmo del elogio, y corresponde á nuestro superlativo *¡muy bien!* Por lo demás, nuestros conductores, á pesar de conservar ese aire de indiferencia bajo el que ocultan una curiosidad sin limites, no nos perdian de vista; cada movimiento de nuestro cuerpo, cada expresion de nuestra fisonomía, cada señal que nos haciamos, por imperceptible é ininteligible que fuese para cualquiera que no fuera nosotros, eran el objeto de sus observaciones, las que se comunicaban brevemente, en voz baja, con un movimiento, con una mirada; es un ejercicio en el que desplegaban una maravillosa destreza; visto el hombre, su filiacion está hecha; tomada la filiacion, ya no se pierde de la memoria, y aun se asegura que el Arabe, cuando vuelve á reunirse á su tribu, la hace una pintura tan fiel del viajero á quien conduce, ó que simplemente encontró, que largo tiempo despues, si por casualidad le vuelven á encontrar los oyentes, le reconocen sin haberle visto jamás.

Continuamos nuestro camino, Bechara cantando, y yo

meditando, cuando en uno de esos momentos en que el sol, que comenzaba á ocultarse tras el Mokatán, me permitia levantar la cabeza, descubrí en el horizonte un punto negro: este es el árbol del desierto, es el límite que divide en dos partes iguales el camino del Cairo á Suez.

Es un sicomoro, aislado como un islote en medio del mar, y al que en vano busca la vista un compañero. ¿Quién la ha plantado allí, precisamente á igual distancia de ambas ciudades, como para indicar á la caravana que ya es tiempo de hacer alto? Nadie lo sabe. Nuestros Arabes, y sus padres, sus abuelos y los antepasados de sus abuelos, siempre le habian visto en aquel sitio, y decian que Mahoma, habiéndose detenido á descansar allí y no habiendo sombra, habia arrojado una semilla, mandándola se convirtiese en un árbol. Este sicomoro cubre un pequeño monumento mal construido y conservado: es un sepulcro que encierra los huesos de un digno musulman cuya santidad recordaban nuestros Arabes, pero cuyo nombre habian olvidado.

Apenas nuestro guia le descubrió, puso su dromedario al galope, y los nuestros le siguieron con una rapidez que daria vergüenza al mejor caballo de carrera. Por lo demás, aquel paso, mas suave que el trote, me era mucho mas cómodo; así que de tal modo hice apresurarse á mi haghin, que era jóven y vigoroso, que llegué el segundo al deseado árbol. Inmediatamente, sin esperar á que mi dromedario se arrojase, me agarré con la mano izquierda al pom de la silla, y me dejé caer en la arena.

Cierta frescura que nos ofrecia aquella sombra, fué para nosotros un placer que no se puede concebir mas que cuando se experimenta. Para completa felicidad, quisimos beber un poco de agua, porque en la parada del medio dia habíamos vaciado nuestras botas, y teníamos las lenguas materialmente pegadas al paladar. Desataron un odre y me le acercaron; á través del pellejo noté que el agua estaba á la misma temperatura que el aire; no por eso dejé de aproximar mi boca á la abertura y tragar por largo rato su contenido; pero por mucha que fuese la rapidez con que entró,

todavía fué mayor con la que volví á arrojarla; en mi vida habia tragado una cosa como aquella. En un dia se habia vuelto el agua corrompida y fétida. Al gesto atroz que hice, se acercó á mí Bechara; le di el pellejo sin decirle nada, tan ocupado estaba yo en arrojar hasta la última gota de aquel líquido infernal. Era este inteligente en agua, catador experimentado: probaba un poco en las cisternas antes que sus camellos; así que todos, desconfiando de mi estragado gusto, esperaron en silencio el fallo que iba á dar. Comenzó por oler el pellejo, hizo un movimiento de cabeza de alto á bajo, adelantando al mismo tiempo el labio inferior, lo cual significaba que efectivamente habia algo que decir de él; al fin tomó una bocanada, con la que se enjuagó; luego la tiró, dándome la razon amplia y completísima: el movimiento, el calor y los pellejos nuevos eran las tres causas combinadas de aquella corrupcion. Desde el instante en que supimos á qué atenernos, tuvimos diez veces mas sed: á esto nos respondió Bechara que en la noche del dia siguiente encontraríamos excelente agua en Suez: era lo bastante para volverle á uno rabioso.

No era esto todo: creíamos haber llegado á nuestro campamento, pero Tonaleb lo habia decidido de otro modo. Despues de un descanso como de media hora, fué preciso volver á montar en nuestros camellos, los cuales, levantándose luego que nos sintieron colocados en la silla, nos probaron que menos inocentes que nosotros, no habian tomado aquella parada por lo serio. En cuanto á nuestros Arabes, ni comian ni bebian: era una cosa incomprendible.

A las dos horas de marcha, durante las que, por el trote largo de nuestros camellos debimos caminar cerca de cinco leguas francesas, Tonaleb hizo un chasquido con la lengua, que segun parecia, era la señal convenida entre él y sus dromedarios, porque al punto se detuvieron estos y se arrodillaron. Nos apeamos muy fatigados de aquella larga jornada y fastidiados por no tener agua habiéndola llevado. Los Arabes participaban al parecer de nuestro mal humor;

estaban silenciosos y pensativos: solo Bechara habia conservado algo de su ordinaria alegría.

Sin embargo, á los pocos momentos, desplegaron la tienda, clavaron las estacas y extendieron nuestras alfombras. Por mas fatigado que estuviese, tendí sobre la caliente arena, á los últimos rayos del sol que se ponía, mi papel de dibujar, que se habia mojado completamente en mi cintura, y volví á tenderme, suplicando á Dios renovase con nosotros el milagro de Agar, por mas indignos que de ello fuésemos.

En esto ví á Abdallah que se habia levantado sus anchas mangas, y que dándose la importancia de un cocinero, preparaba nuestra comida: consistia esta en el pan y el guisado ya dicho, desleido y sazonado con el agua de los pellejos. Los Arabes le prestaban los servicios que podian, partiendo con sus puñales la leña en menudos pedacitos, ayudándole soplando á encender su fuego, mondándole el arroz y echando las galletas sobre las brasas. A su lado Mohammed y Bechara se ocupaban en desinfectar el agua mudándola de receptáculo desde alto á fin de que el aire la purificase. Acordéme entonces de que el carbon era un depurativo y ofrecí mi auxilio á nuestros quimicos, los cuales viéndome dispuesto á emplear un procedimiento desconocido no demostraron ningun amor propio y me dejaron obrar. Una parte de la hoguera que tenia Abdallah se empleó allí; despues filtramos el agua á través de un lienzo, y Bechara, nuestro catador titulado, renovó el experimento. Esta vez el resultado fué satisfactorio: el agua era potable. Esta noticia hizo á Mayer dejar su alfombra, en la que estaba decidido á procurar dormirse sin cenar, por temor de que la cena aumentase su sed. Se habia encendido luz en la tienda y Abdallah nos trajo el arroz en una escudilla de madera; nos sentamos en círculo acurrucados como sastres é intentamos comer algunas cucharadas de aquel guisado y probar el pan; pero todavía no estábamos á la altura de los guisados de Abdallah; de suerte que le dijimos se llevase al momento su arroz y sus galletas y nos diese dátiles y café. En aquel momento se acercó Mohammed á nosotros con aire paternal,

que indicaba tenia algo que pedirnos. Vi su intencion y me volvi hácia él, despues de haber probado á tragar sin sacarla el gusto medio vaso de nuestra agua filtrada.

— ¡Y bien! Mohammed, le dije, ¿qué hay?

— Hay, respondió Mohammed que los Arabes están tristes.

— ¿Y porqué estan tristes?

— Porque tienen hambre, dijo Mohammed.

— ¡Toma! Pues si tienen hambre que coman.

— No piden otra cosa; pero no tienen que comer.

— ¡Cómo! ¿No tienen nada? ¿pues que no han hecho provisiones? Eso era lo contratado.

— Si; pero calcularon que como no hay mas que dos jornadas del Cairo á Suez podrian en rigor, echando un candado á su estómago, andar el camino sin comer.

— ¿Y no pueden hacerlo, eh?

— Sí pueden; pero están tristes.

— Ya lo creo que deben estarlo, no han tomado nada desde ayer.

— ¡Oh! han comido dos ó tres veces habas con sus camellos.

— Pues bien, dí á Abdallah que les haga de cenar inmediatamente.

— Es inútil. Si quereis darles lo que ha sobrado de vuestro arroz y vuestras galletas, tendrán bastante con ello.

— ¡Cómo! ¿Lo que ha sobrado de tres para ellos que son quince!

— ¡Oh! dijo Mohammed, si hubiesen almorzado á su hora, tendrian con eso para tres comidas.

Mr. Taylor no pudo menos de decirles sonriendo:

— Tomad y comed, amigos míos, y que Jesucristo haga con vosotros el milagro de la multiplicacion de los panes.

Mohammed se volvió hácia la reunion que parecia no habia escuchado nada de lo que deciamos, é hizo seña de que la peticion estaba concedida. Al instante la alegría volvió á todos los rostros y se preparó cada uno á tomar su parte de aquel espléndido festin que nuestra munificencia les concedia.

Formáronse dos círculos. El primero se componia de Tonaleb, Bechara, Araballah, Mohammed y Abdallah, todos los que tenian cierta posicion: Tonaleb, como jefe; Bechara, como narrador; Araballah, como guerrero; Mohammed, como intérprete y Abdallah como cocinero. El segundo círculo le formaban los otros Arabes que ocupando un grado menos elevado en la escala social debian comer los últimos y alargar el brazo por entre los compañeros que ocupaban la primera fila. El ejercicio se ejecutó con admirable precision: Mohammed dió la seña tomando con el extremo de sus cinco dedos un puñado de arroz que llevó á la boca y Tonaleb siguió su ejemplo: toda la primera fila imitó á su jefe; luego le llegó su vez á la segunda, la que con una destreza admirable pescó su racion y la llevó á la boca sin dejar caer un solo grano de arroz. Esta evolucion continuó con la misma religiosidad y precision hasta que la escudilla quedó desocupada, lo que no tardó mucho en suceder. Entonces Bechara se levantó en nombre de la sociedad para darnos gracias y nos preguntó nuestro nombre, á fin de que él y sus camaradas los conservasen en sus corazones en memoria de nuestra generosidad; se los dijimos añadiendo á ellos dos dátiles por persona á fin de que no solo conservasen nuestros nombres en su memoria, sino tambien los trasmitiesen á sus descendientes.

Sin embargo, nuestros Arabes habian tomado sobre sí un compromiso en el que habia mas de buena voluntad que de prevision. Nuestros tres nombres con sus pronunciaciones diferentes y su aglomeracion de consonantes eran difíciles de pronunciar para gargantas orientales; así, á pesar de sus ensayos repetidos, los destrozaron de tal manera que pronunciados á su modo no solo corrian peligro de no ser trasmitidos á su posteridad, sino ni aun de ser reconocidos por nuestros mejores amigos. Por otra parte, aquel trabajo filológico era demasiado áspero para aquellos hijos de la naturaleza que sufren como mártires las fatigas del cuerpo, pero que tienen repugnancia como los *lazzaroni* al menor trabajo de la imaginacion. Resultó de aquí que á los diez minutos

de hacer esfuerzos, Bechara se levantó y aproximándose se llegó á nosotros, nos pidió en nombre de sus camaradas que no podían pronunciar nuestros nombres, el permiso de bautizarnos en cambio con nombres árabes, suplicándonos conservásemos esos nombres en todo el viaje á fin de que pudiesen llamarnos y nosotros responderles: como no veíamos en ello inconveniente alguno, les concedimos su demanda de buena voluntad. En consecuencia la sustitucion se hizo en el mismo instante. Mr. Taylor á causa de su posicion y de su edad, algo mayor que la nuestra, fué llamado *Ibrahim-Bey*, es decir, Abraham, el jefe; Mayer, cuyo físico tenia alguna relacion con la demacracion del cuerpo, el color del cutis y sus facciones con un Árabe de nuestra escolta, fué saludado con el nombre de *Hassan*, y yo, en vista de mi precoz disposicion á hablar el árabe, mi seguridad en montar sobre el dromedario y mis continuas ocupaciones en tomar notas ó sacar bocetos, fui honrado con el de *Ismael*, al que añadieron para colmo de honor la palabra *effendi*, es decir, sabio.

Convenido este punto con gran satisfaccion de todos, Bechara cruzó las manos sobre su pecho deseándonos una buena noche y suplicando á Mahoma nos preservase de la visita de *Salem*.

Como yo andaba buscando todo lo que podia añadir un carácter pintoresco á nuestro viaje, pregunté á Mahomed quién era Salem. — Me respondió que un ladron árabe conocido en la comarca por su valor y su destreza y que en aquel mismo sitio donde hacíamos alto habia ejecutado una de sus maravillosas fechorías. No se necesitaba mas para excitar nuestra curiosidad; aunque cansados, no teníamos tantas ganas de dormir que no pudiésemos escuchar las narraciones de Bechara: fuimos pues á ocupar un sitio en el círculo de los Arabes; hicimos una distribucion de tabaco, se encendieron las pipas, y con la ayuda de Mohammed comenzó Bechara su narracion, medio árabe, medio francesa, y que hubiese sido ininteligible en ambos idiomas si sus gestos no hubiesen expresado completamente lo que decia á

sus compañeros, y si nuestro intérprete no hubiese explicado los pasajes mas oscuros para nosotros.

Ahora bien, Salem era un Árabe simplemente hijo de una tribu nómada que en su infancia habia manifestado las mas felices disposiciones para el robo; esta inclinacion habia sido estimulada por sus padres, que comprendieron inmediatamente cuan ventajosa no seria semejante vocacion bien dirigida, para el porvenir. Así que el jóven Salem, respetando siempre las propiedades de su tribu y de los aliados de ella, siendo muy jóven todavía, ejerció sus nacientes facultades en las tribus con quienes estaba la suya en guerra: prudente como la serpiente, ágil como la pantera, ligero como la gacela, se deslizaba bajo una tienda sin hacer crujir la tela, ni rechinar la arena, atravesaba de un salto un torrente de quince piés de ancho y ganaba á la carrera á un dromedario al trote.

A medida que crecia se desarrollaron sus disposiciones; solo que en lugar de dedicarse por las noches á alguna tienda aislada ó á algun viajero imprudente, reunió los jóvenes de su tribu, quienes habituados hacia largo tiempo á obedecerle no vacilaron en reconocerle por jefe, y con este refuerzo de poder material intentó expediciones mas importantes. Entonces fué cuando su astucia se desarrolló con vigor y comenzó á hacer operaciones en grande escala, sin renunciar, sin embargo, de vez en cuando á aquellos golpes de mano aislados y aventureros que le habian valido su reputacion: tan pronto hacia correr el falso rumor del paso de una caravana ricamente cargada, y entonces los guerreros de las tribus vecinas salian á campaña para colocarse á su paso, cayendo él entretanto sobre sus tiendas, donde no habian quedado mas que los ancianos y los niños, y robando los animales y las provisiones; en otras ocasiones, y esto sucedia cuando alguna caravana salia efectivamente de Suez para el Cairo, ó del Cairo para Suez, enviaba á un Árabe para que dijese á las tribus que espiaban, que sus campamentos eran saqueados, y entonces los guerreros volaban á toda brida hácia sus tiendas, mientras que el señor y

rey del desierto robaba la caravana á su gusto y rescataba los comerciantes y los peregrinos por lo que él pedía. Al fin, aquellos robos tan atrevidos y tan frecuentes llegaron á oídos del bey de Suez. Suez es el emporio de la India, el puerto de la Arabia; medio arruinado ya por el descubrimiento del paso por el cabo de Buena Esperanza, solo á largos intervalos acuden allí las caravanas á llevarles sus mercancías: el bey de Suez se alarmó, pues, seriamente con las depredaciones de Salem, quien contribuía todavía mas á separar las caravanas de su ciudad, y dió las órdenes mas severas para que fuese cogido el bandido. Trascurrió un año en vanas pesquisas sin que Salem tratara de ocultarse; por el contrario, todos los dias se tenían noticias de alguna nueva hazaña cometida por él; pero se escapaba de entre las manos de los que le perseguían con una destreza y un atrevimiento tal que excitaron la cólera del bey, que resolvió ir en persona en busca del bandido, y juró no volver á entrar en Suez sin llevar cautivo Salem.

En su consecuencia se dirigió el bey al camino de Suez al Cairo, donde acampó en el mismo sitio en que nosotros habíamos hecho alto, y su tienda se desplegó donde se levantaba la nuestra; en seguida, colocada su tienda, rodeado de sus mas fieles tropas, custodiado por su mas vigilante centinela, y ensillado su mejor caballo, se quita el sable y su machallah de honor, se tiende sobre la alfombra, esconde la bolsa bajo su cabeza, dirige su oración á Mahoma, y se duerme lleno de confianza en Allah y su profeta.

Al dia siguiente, al amanecer se despierta el bey; la noche habia sido tranquila. Ningun alerta habia turbado el reposo del campamento; cada uno estaba en su puesto, todo estaba en su sitio, excepto el sable, el machallah y la bolsa del bey, que habian desaparecido.

El bey llamó dos veces con sus manos, y entró su esclavo de confianza; mas al punto retrocedió este asombrado al ver á su amo: le habia visto salir á caballo una hora antes de ser de dia, y no lo habia vuelto á ver entrar.

Esto causó un nuevo temor al bey, el que su caballo hubiera ido á unirse con su sable, su machallah y su bolsa; el esclavo fué corriendo á donde estaban los caballos, y pidió noticias del corcel favorito del bey. Respondióle el palafrenero que habiendo llamado el bey tres veces con las manos, que era la señal convenida, le habia llevado su caballo; que le habia visto montarse en él, se habia dirigido por el desierto, y no habia vuelto á aparecer.

Por un momento se le pasaron ganas al bey de mandar cortar la cabeza al centinela, al esclavo y al palafrenero; pero reflexionó que con esto no le volvían su sable, su machalla, su bolsa ni su caballo; y además, que puesto que él se habia dejado engañar, su centinela, su esclavo y su palafrenero que eran de una condicion inferior á la suya, podían muy bien y con mucha mas razon, ser engañados tambien.

Reflexionó tres dias y tres noches sobre la manera como el robo podia haberse ejecutado; despues, viendo que perdía en ello su tiempo, resolvió dirigirse él mismo al ladron, lo cual era el medio mas seguro de tener noticias oficiales, é hizo publicar entre las tribus de las inmediaciones, que si Salem queria decirle ó irle á referir las circunstancias de un robo cuyo atrevimiento le denunciaba, no solo no le haría daño alguno, sino que se le darian para sus gastos de viaje mil piastras (500 francos próximamente de nuestra moneda); comprometió su palabra de musulman, y la palabra es sagrada en Oriente, de que dados sus informes, Salem quedaria en libertad de retirarse donde le acomodara.

No se hizo esperar: aquella misma noche un Arabe de veinte y cinco á veinte y seis años, de corta estatura, delgado de cuerpo, de ojos vivos y aire atrevido, vestido con una sencilla chaqueta de tela azul, se presentó en la tienda del bey, y anunció que estaba dispuesto á dar á su señoría las noticias que parecia desear. El bey le recibió como se habia comprometido á hacerlo, como hombre que no tiene mas que una palabra, y le renovó la promesa de las mil

piastras, si se reconocia que decia la verdad completa; respondió Salem que no era un vil interés el que le llevaba, sino el deseo de corresponder á la atencion de tan gran jefe; que solo pedia para que los detalles fuesen mas exactos, que se pusiese todo en el estado que se encontraba, que se diese orden al centinela de que le dejase pasar, y al palafrenero le obedeciese como lo habia hecho la noche del robo. El bey encontró muy justa la peticion; por tanto colgó otro sable de la estaca que sostenia la tienda, echó otro machallah sobre el divan, colocó otra bolsa bajo su alfombra, mandó ensillar otro caballo, y se acostó como lo habia hecho la noche en que Salem le hizo su primera visita, con la diferencia de que abrió desmesuradamente sus ojos, para no perder nada de lo que iba á ejecutarse. Colocóse cada uno en su puesto, y la segunda representacion comenzó en presencia de todo el ejército.

Salem se alejó cincuenta pasos de la tienda próxima; en cuanto estuvo allí se quitó su chaqueta y los cordones con que la abrochaba, á fin de estar mas libre en sus movimientos, y la ocultó en la arena: entonces tendiéndose boca abajo se puso á arrastrarse como la serpiente, de manera que su cuerpo del color del suelo, estuviese medio metido y oculto en la arena. Algunas veces para fingir la realidad con mas exactitud, levantaba la cabeza como temeroso de ser visto ú oido, y luego que se aseguraba con una rápida mirada de que todo estaba tranquilo, volvía á emprender su marcha, lenta sí, pero silenciosa y segura. En cuanto llegó á la tienda, pasó su cabeza por debajo de ella, y el pachá que ni la habia visto moverse, observó de repente dos ojos fijos y brillantes como los del lince que se fijaban en él. Su primera sensacion fué de temor, porque no esperaba aquella aparicion; pero recordando al punto que todo aquello no era mas que un juego, continuó permaneciendo inmóvil como si durmiese. Al cabo de breves instantes de muda inspeccion, la cabeza desapareció, y en algunos minutos reinó la calma y el silencio, en cuyo tiempo no se oyó otro rumor que el

de la arena que rechinaba bajo los piés del centinela. De repente un cuerpo opaco intercepta la luz que venia de lo alto de la tienda abierta circularmente al rededor del pié derecho que la sostenia para dar paso al fresco de la noche; un hombre se deslizó como una sombra á lo largo del madero, y se colocó en pié á la cabecera de la cama del bey; aquel hombre se apoyó en una rodilla, y mientras se sostenia con su mano izquierda y escuchaba la respiracion del fingido durmiente, un puñal pequeño y encorvado brillaba en su mano derecha. Sintió el bey correr por su frente un sudor frio, porque su vida estaba en las manos de aquel por cuya cabeza habia ofrecido pagar mil cequies de oro. Continuó no obstante representando con bravura su papel, y ni la mas leve alteracion en su respiracion ni en los latidos de su corazon denunciaban su temor. En aquel momento de aparente inmovilidad, creyó sentir el bey deslizarse una mano bajo su almohada; pero por mas que estaba despierto, le pareció tan leve el movimiento, que no lo hubiese notado á no estar advertido. Al punto Salem se levantó sin ser sentido, y sin separar sus ojos del que dormia; pero su mano izquierda, desocupada cuando se habia inclinado, la levantaba llena: tenia la bolsa.

Entonces puso el puñal y la bolsa entre los dientes, marchó retrocediendo hácia el divan, y con los ojos siempre fijos en el bey, cogió el machallah, se le puso lentamente, alargó el brazo, descolgó el sable, le colgó á su cintura, rodeó á su cabeza y á su talle las dos cachemiras que servian al bey de turbante y de faja, salió resueltamente de la tienda, pasó por delante del centinela que se inclinó con respeto, y dió tres palmadas para que le llevasen el caballo; el palafrenero prevenido obedeció aquella orden, que como hemos dicho, era la seña habitual del bey. Salem se lanzó apresuradamente sobre el corcel, y volviendo hácia la puerta de la tienda, donde el bey, en pié y medio desnudo, le veia ejecutar la repeticion de su aventura empresa: — Bey de Suez, le dijo, hé aqui cómo me he manejado hace cuatro dias para cogerte tu sable, tu

machallah, tus cachemiras, tu bolsa y tu caballo. Al presente estoy pagado de las 1,000 piastras que me has prometido; porque el sable, el machallah, las cachemiras, la bolsa y el caballo que me llevo hoy, valen próximamente 50,000.

Dichas aquellas palabras, puso al galope el caballo del bey, desapareció como una sombra en la oscuridad de la noche y en la inmensidad del desierto.

Mandó el bey le ofreciesen una plaza de kachet en su guardia; pero Salem respondió que mejor quería ser rey en el desierto que esclavo en Suez.

Hé aquí, continuó Bechara, lo que pasó entre el bey de Suez y Salem el ladron. Tened cuidado con vuestros sables, vuestros machallahs, vuestras cachemiras y vuestras bolsas, porque estamos en el mismo sitio donde sucedió la historia que os he referido.

En seguida nos dió las buenas noches, y se retiró acompañado de las alegres risotadas de sus camaradas, á quienes siempre encanta el que un Turco haya sido engañado por un Arabe.

Pasó la noche en completa tranquilidad, y al día siguiente nos encontramos cada cosa en su sitio. En aquella ocasion ejercia Salem su profesion en otra localidad.

PARTE SEGUNDA.

I.

EL MAR ROJO.

Estábamos ya en camino antes de salir el sol. Sus primeros rayos nos dejaron ver manadas de gacelas, que huían despavoridas al aproximarnos. Nada mas extraño que el contraste de ese bonito animal con los lugares que habita; diríase que ha nacido para los floridos verjeles y aterciopeladas praderas. Es una viva contradicción con la ruda y majestuosa naturaleza de aquellas regiones. Tuve la curiosidad de separarme un momento del camino, para ver la huella que habían dejado en el desierto. Apenas sus veloces piés se habían impreso en la arena; de modo que se hubiera dicho corrían por la superficie del suelo arrebatadas por el viento, que á ratos llegaba á nosotros en ráfagas calientes é impetuosas.

Iba á emprender nuevamente la ruta sobre huesos. Al amanecer la vimos dibujarse sobre la amarillenta arena como una línea plateada. Al salir el sol calentaba ya y era